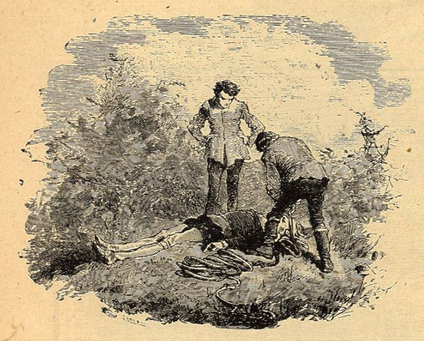
Si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal.

salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo, y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante.



Finalmente, se levantó, y viendo que no salían más cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

—Dios te guíe y la peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valentón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce: Dios te guíe otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta obscuridad que buscas.

Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga.

Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podían dar más cuerda: con todo esto se detuvieron como media hora al cabo del cual espacio volvieron á recojer la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron.

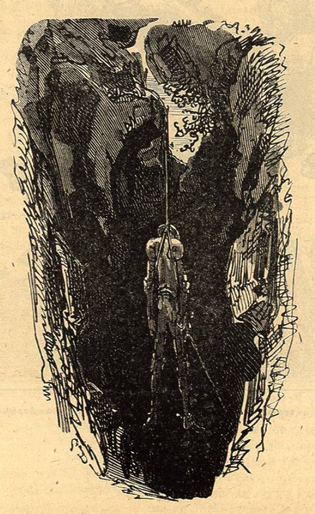
Finalmente, á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole:

Sea vuesa merced muy bien vuelto señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondía palabra Don Quijote, y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido.

Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algún grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y otra parte como espantado, dijo:

—Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos!

Con grande atención escucharon el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entenderlo qué decía y les dijese lo que en aquel infierno había visto.

—¿Infierno le llamáis? dijo Don Quijote; pues no le llaméis ansí, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo Don Quijote de la Mancha:

—No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.